

## Los nutrientes de la basura

El pasado viernes empecé a leer la última novela de José Carlos Somoza: “La caverna de las ideas” (Alfaguara). Llevo veinte páginas y cualquier comentario respecto de la obra es una temeridad, pero me da igual, porque quiero darle las gracias a este cubano por haberse metido en mi cerebro y haberlo hechizado con su alquimia de letras, por haber manipulado mi máquina de hacer mundos para trasladarme a la Grecia de Platón, y haberme hecho sentir cosas que sólo la Literatura puede proporcionar.

La noche anterior la había pasado en el precioso apartamento de un amigo mío que es un ilustre representante de la pléyade de los más poderosos homosexuales de este país. Y allí, vigilados desde abajo por una fabulosa maqueta iluminada de Madrid, participé en un debate con otros gays sobre la tele-basura. Mi amigo fue quien dominó la tertulia gracias a su portentoso dominio de la dialéctica, y fue capaz de sostener con brillantez la hipótesis de que los programas basura, el cotilleo, las Tamaras y los Antonio Davides, son nutrientes de inestimable valor para la sociedad española. “Es muy sencillo”, proclamó el conspicuo gay: “La televisión esa que tanto se critica, es diversión. Y España quiere divertirse, quiere reírse de sí misma, lo cual es un alentador indicio de prosperidad. Las dimensiones fálicas del compañero de Marujita Torres y los tangas de Rodríguez Menéndez son la chispa final necesaria para combatir el tedio que nos acecha”.

“¿Por qué te gusta más leer que la televisión?”, me preguntó, a la mañana siguiente, mi hija de siete años, pocas horas antes de que yo iniciara mi vuelo mental gracias a Juan Carlos Somoza. Se me ocurrió esta respuesta, que quizás es una estupidez: “Leer, hija, no es más que mirar manchas negras sobre un papel, y es el cerebro el que, hechizado por esas manchas, crea mundos enteros, como si fuera el cerebro de Dios. Cuando miras la tele, los mundos ya están creados, y tú no eres necesaria. No conozco a nadie que se sienta vacío y deprimido después de haber pasado muchas horas delante de un libro. El caso contrario ocurre a millones de personas todos los días.” “Vale papá, pero yo prefiero la tele”, sentenció mi niña. Y en esas estamos.